

PARIS

*A Amparo, Carmen, Isolina, Lola, Maite,
Raquel, Rosaura, Ángel, Joaquín, Marco y Rafa,
que con su buen hacer y saber, adornaron
París en un hermoso fin de verano
que nunca olvidaré.*

París, la ciudad de la eterna juventud, es demasiado para mí, me desborda. ¡París es tantas cosas! París es una ciudad “que se da a todo el mundo y en la que, no obstante, nadie ahonda nunca del todo” (Stefan Zweig). Es cultura, es sus cafés y sus puentes, sus paseos junto al Sena, sus iglesias y sus inolvidables rincones. Es una ciudad que nunca termino de verla. Siempre regreso con la sensación de falta de tiempo para poder extraer todo lo que necesito y no necesito de cada viaje. Jamás se agotan las posibilidades... y las sorpresas. Y eso que París ya no es lo que era, la cuna de la libertad y, en consecuencia, del arte. Ahora, además, por culpa del terrorismo se ha convertido en una ciudad especialmente vigilada y un tanto temerosa.

No sé la razón pero nunca fui capaz de organizar mis recorridos por esta ciudad, siempre acabo perdiéndome, juraría que a propósito. Me dejo llevar, sin recurrir ni siquiera al sentido común. En mi deambular me encuentro con los libros, los libros viejos y raros que tanto me atraen. Aquí los venden por todas partes y a unos precios bastante más baratos que en España. Los encontrarás en los múltiples mercadillos y, sobre todo, en la orilla izquierda del Sena (para mí uno de los más bellos paseos del mundo, que yo soy más de esta que de la elegante derecha),



donde los librereros de viejo, los *bouquinistes*, con sus pequeños contenedores de color verde se convirtieron en elemento distintivo de la ribera del río. A uno de ellos le compré el libro de Cocteau *Cérémonial Espagnol du Phénix suivi de La Partie d'Échecs*, dedicado a Concha García Lorca. Y, por fin, en esta ocasión terminé visitando la librería Shakespeare and Company (37 de la calle Bûcherie),

especializada en literatura anglosajona. El primer piso sirve también como refugio

para los viajeros “*tumbleweeds*”, donde se ganan su albergue a cambio de algunas



horas de trabajo cada día. Terenci Moix llegó a pasar aquí varias noches. La propietaria más famosa de la librería, Sylvia Beach, fue la primera en publicar el libro de Joyce, *Ulises*, en 1922. Shakespeare and Co. apareció en diferentes programas de televisión y en películas. Yo, por supuesto, me compré mi especial recuerdo, *Haiku in English*, en el que pusieron un sello en el que aparece el nombre de la librería, la imagen del escritor que le da nombre y la

frase “Kilometer Zero Paris”. Y es que donde hay un libro puede comenzar cualquier cosa, incluso la misma vida, una de verdad.

Y ya que estamos a vueltas con asuntos de libros, en esta ocasión me juré que me acercaría hasta el cementerio Le Père Lachaise, precioso por sí mismo, donde la muerte se vuelve bella, y uno de los más conocidos del mundo. Cumplí con mi único objetivo verdaderamente definido. Allí varios escritores famosos reposan para la eternidad, a pesar de que nunca vayan a morir. Me dieron un mapa para que los encontrara, donde figuraba una breve historia sobre esta necrópolis en los idiomas francés, inglés, alemán, italiano y japonés. ¿Por qué falta el español? Esta misma ausencia la encontré en otros lugares. Lo cierto es que no me arrepiento de la visita. El cementerio se llama así en recuerdo del confesor del rey Louis XIV, el padre François d’Aix de La Chaise. Se extiende sobre 44 hectáreas y tiene 70.000 concesiones funerarias. Se trata de la necrópolis más visitada de París y en ella nos



podremos encontrar, entre otras, con las sepulturas de muchos hombres y mujeres de renombre, por supuesto no solo escritores, como por ejemplo: Honoré de Balzac, Guillaume Apollinaire, Frédéric Chopin, Colette, Jean de la Fontaine, Molière, Yves Montand, Simone Signoret, Jim Morrison, Alfred de Musset, Edith Piaf, Camille



Pisarro, Oscar Wilde (tumba ahora ya sin huellas de besos, porque la han tapado con un vidrio que lo impide y que no me convence nada) y la, bastante menos pretenciosa, de Marcel Proust, la que más me interesaba y la que más tardé en localizar; dicen que todo lo que merece la pena cuesta. En este cementerio se encuentra también el monumento *A la memoria de todos los españoles muertos por la Libertad 1939-1945*.

¡Cuánto tiempo hacía que no había vuelto a Montmartre! Demasiado. En esta ocasión pude encontrarme de nuevo con la cuna de la bohemia francesa. Subí a esa colina que, en condiciones normales, permite unas vistas privilegiadas de la ciudad. Me acompañó un tiempo, precisamente hoy y solo hoy, más bien típico de mi tierra,



del lugar donde yo vivo, Santiago de Compostela. Se me ocurrió sospechar, bien pudiera ser, que ambas ciudades hubieran decidido manifestarse al unísono. No en vano la vía Turonensis o vía de Tours parte de la Torre de Santiago, situada en la plaza de su mismo nombre, y termina conduciendo a los peregrinos hasta los pies del Apóstol en Compostela. Evidentemente visité la basílica de Sacré Coeur, pasé por delante del Moulin Rouge y del más antiguo cabaré de París, un curioso y pequeño edificio situado en el número 22 de la calle Saules. En 1875, el propietario encargó a André Gill un emblema para el local. Este caricaturista pintó en el muro exterior un conejo en el momento de escaparse de una cazuela y el cabaré comenzó a ser conocido



con el nombre de *lapin à Gill* (el conejo de Gill). El cabaré fue frecuentado por Guillaume Apollinaire, Francis Carco, Roland Dorgelés, Charles Dullin, Maurice Utrillo, Max Jacob, Amedeo Modigliani y Pablo Picasso. Prácticamente enfrente, haciendo esquina, se encuentra la casa rosa del pintor Maurice Utrillo. Ah, debo decir que la emblemática plaza de Tertre, la de los retratistas y pintores, situada en el corazón de la antigua villa de Montmartre, ya no es lo que era, la han invadido las terrazas de los restaurantes vecinos. El dinero lo cambia todo.



En esta oportunidad no dispuse de tiempo para subir a la torre Eiffel (si no subes



no has estado en París), la vi desde la plaza del Trocadero. Rodeé no se cuantas veces el museo del Louvre pero tampoco lo pude visitar, necesitaría demasiado tiempo, Así que me he perdido volver a encontrarme con las antigüedades egipcias, las antigüedades griegas (Victoria de Samotracia, Venus de Milo) y romanas que

alberga, así como su realmente completa colección de pinturas, entre las que se halla el cuadro de La Gioconda. También me perdí el museo d'Orsay. No me fue posible entrar a



la catedral de Notre

Dame, de estilo gótico francés, situada en la Isla de la Cité, rodeada por las aguas del río Sena, por culpa de la larga cola generada por los controles de las bolsas que portan los turistas.



Pasé no sé cuantas veces por los Campos Elíseos y el Arco de Triunfo, ya que mi hotel quedaba cerca. Esta avenida forma parte del eje histórico de París y desemboca en la plaza de Concordia,

prolongándose por el jardín de las Tullerías hasta llegar al museo del Louvre. El Arco del Triunfo es uno de los monumentos más famosos de la capital francesa y probablemente se trate del arco de triunfo más famoso del mundo. Fue construido entre 1806 y 1836 por orden de Napoleón Bonaparte, aquel que se consideraba el sucesor de los césares romanos, para conmemorar la victoria en la batalla de Austerlitz.

Saliendo del jardín de las Tullerías por su lado norte y caminando por la calle



Castiglione, se llega a la plaza Vendôme y su columna (columna Vendôme), de 44 metros de altura, imitación de la de Trajano en Roma, construida con el bronce de 1200 cañones tomados en Austerlitz. Esta coronada por una estatua de Napoleón Bonaparte vestido de general romano. En la actualidad esta plaza es una de las más famosas de París y acoge las

joyerías y tiendas de moda más prestigiosas de la ciudad, además del lujoso hotel Ritz, toda una leyenda. Fue hogar de Ernest Hemingway y de Coco Chanel y refugio de reyes y magnates. Recientemente lo han sometido a un *lifting* total. Las obras tardaron cuatro años y costaron 400 millones de euros. En dicha plaza me encontré, además, con una exposición de Manolo Valdés, el pintor y escultor valenciano afincado en Nueva York. Se trata de una instalación de siete esculturas de gran formato consagradas a la mujer moderna. Buen lugar para un artista del que dicen que su obra fuerza a quien la observa a indagar en la memoria y



buscar imágenes significativas de la historia del arte.



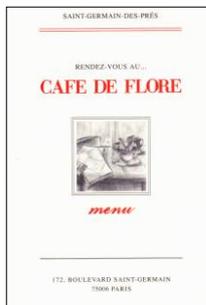
Otra plaza a la que merece la pena acercarse es a la de los Vosgos, la más antigua de la ciudad y la mejor conservada, y que queda en el barrio Le Marais. Guarda casi intacto el sabor de la época en la que fue construida, entre los años 1607 y 1612. En un piso de esta plaza, hoy museo, vivió Víctor Hugo. En él se puede

admirar una colección de obras gráficas y manuscritos originales, además de fotografías, pinturas, esculturas y parte del mobiliario del famoso dramaturgo.



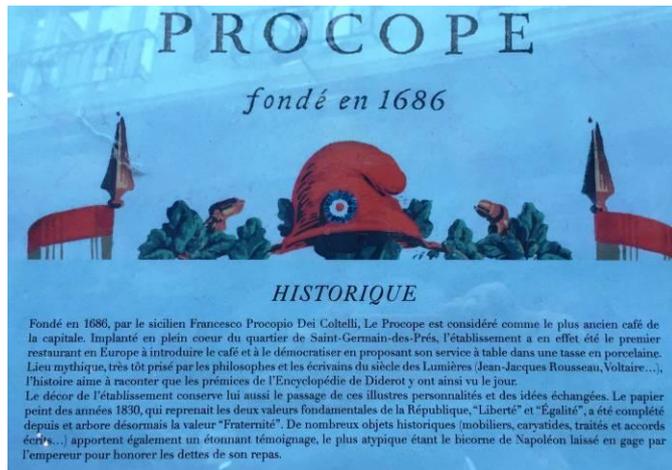
París también es una ciudad de callejuelas, en cualquier rincón te puedes tropezar con una sorpresa. Es el caso del pasaje Cour du Commerce-Saint-André, en el boulevard de Saint-Germain, donde te encontrarás con la fachada trasera del restaurante más antiguo de París, el café Procope. Es tradicionalmente un café y restaurante de artistas e intelectuales. Voltaire y Rousseau fueron clientes asiduos. Y hablando de cafés y

restaurantes no podemos dejar de citar el Café de Flore en el Boulevard Saint-Germain, “por donde pasan los caminos de la libertad” (Jean-Paul Sartre). En la actualidad este café ya es un mito y es uno de los lugares imprescindibles de la capital tanto para los franceses como para los extranjeros.



Jim Morrison estuvo allí

tres semanas antes de su muerte. Tampoco quiero olvidarme del restaurante el Train Bleu situado en la Estación de Lyon, en el marco de una decoración incomparable, ya que es uno de los locales de la Belle Époque mejor conservados. Por aquí dicen que pasaron y fueron clientes habituales Coco Chanel, Brigitte Bardot, Jean Cocteau, Colette, Salvador Dalí, Jean Gabin, entre otros. Además se come bien.



Vi muchas chicas hermosas en bicicleta, no hombres; todavía no encontré la razón que me aclare por qué realmente sucede esto. Vi conducir en París, y sí “es una cuestión de vocabulario”, que lo dijo un tal Michel Audiard. Y sí, también, como en casi todos los sitios, cuidado con los taxistas. Por último, no se vayan a creer que hablan inglés en todos los sitios, que se les nota muy de lo suyo.

En París me encontré con un negocio donde todavía venden absenta. Entré y pedí una copa, un líquido verde, dicen que casi explosivo, que no me supo nada bien. Brindé por los viejos tiempos, de cuando los escritores se iluminaban y olvidaban sus hambres y sus penas de amores recurriendo a tal brebaje. A mí me avivó la memoria. Recordé, no sé si inevitable, lo que había leído de un café que le llamaban Vachette, quizás hoy un banco, donde aquel poeta, Verlaine, golpeaba furioso contra la mesa de mármol con su macizo bastón siempre que estaba borracho, para hacerse respetar. Cuentan que tenía demonios que le mordían el alma.

¡París es tantas cosas! A París no se puede dejar de amarla. París siempre será una fiesta para los sentidos. Hoy como ayer, bien vale una misa. París...pues eso, París, inagotable.